

Morir en silencio, vivir en la memoria

Javier Giraldo Moreno fue cofundador del Banco de Datos de Violencia Política, que en sus inicios surgió como una iniciativa conjunta entre el CINEP y la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz.

Fue Secretario Ejecutivo de la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz, organización de derechos humanos de la Conferencia de Religiosos de Colombia, fundada en 1989 y liquidada por la misma Conferencia de Religiosos en el año 2002, después de una gran campaña de desprestigio orquestada desde sectores de los cuarteles del Ejército contra Javier y su equipo de trabajo.

Después de que la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz dejara de existir en 2002, Javier continuó acompañando a la Comunidad de San José de Apartadó.

La Comunidad de Paz de San José de Apartadó nació el 23 de marzo de 1997

Tropas del ejército en conjunto con los paramilitares realizaron operativos en las veredas, asesinaron a miembros de la comunidad y a muchos de ellos les colocaron camuflados para decir que habían sido asesinados en combate.

Han sufrido masacres, como la ocurrida en abril de 1999 en la que fueron asesinados tres miembros de nuestra comunidad; la de febrero de 2000 en que fueron asesinados cinco miembros de nuestra comunidad; la ocurrida en el caserío de La Unión, caserío donde retornaron familias desplazadas en 1998, en la que fueron asesinados seis miembros, varios de ellos líderes de la comunidad. La última masacre fue perpetrada el 21 de febrero de 2005 y en ella asesinaron a uno de nuestros líderes históricos, Luis Eduardo Guerra, con su familia, como también a Alfonso Tuberquia, líder de La Resbalosa, con su esposa y sus niños y un trabajador.

Han sufrido también bloqueos económicos por causa de retenes paramilitares y militares que impiden el acceso de alimentación y transporte de la comunidad, colocándola en situación de hambre y aislamiento, como los bloqueos ocurridos en 1997, en 2000, en 2002, en 2003 y en 2004.

Tomando como pretexto la masacre del febrero de 2005, el Presidente Uribe le ordenó a la policía ingresar al caserío de San José para instalarse dentro de los espacios de paz donde nunca han permitido circulación de armas.

Javier fue un pacifista por vocación. Por eso apoyó los procesos de objeción de conciencia que religiosas y otras personas promovieron frente a la Escuela de las Américas en Estados Unidos, donde recibieron formación militares colombianos posteriormente señalados por graves violaciones de los derechos humanos.

¿Cómo cumplir la última voluntad de Javier Giraldo Moreno, quien nos dejó por escrito, en un documento notariado en el año 2002, cómo deseaba que fueran sus exequias y funerales?

Javier escribió:

“Igualmente solicito que se me permita morir en silencio, sin biografías, ni artículos necrológicos, y sin homilía en la austera Eucaristía funeral.”

¿Cómo dejar morir en silencio a un hombre que hizo de la palabra —hablada, escrita y escuchada— una fuerza inagotable para defender los derechos de los pueblos, la dignidad de la vida, el cuidado de la naturaleza y los bienes de la creación?

¿Cómo dejar morir a quien hoy sentimos muerto, pero que permanece vivo en cada uno de sus legados, en los aprendizajes de los procesos comunitarios y en la defensa de los derechos humanos que acompañó durante toda su vida?

¿Cómo dejar en silencio al caminante de los mil caminos, al caminante de las trochas recorridas para escuchar las voces de las comunidades víctimas de la violencia estatal: en Carmen y San Vicente de Chucurí, en Dabeiba, Cacarica, Jiguamiandó, Curvaradó, San José de Apartadó, Trujillo, El Castillo, Medellín del Ariari, Puerto Esperanza, Caño Claro, Caño Sibao, Villavicencio, el Páramo de la Serna, la Primera Línea en Cali y Bogotá?

¿Cómo dejar morir en silencio a quien escuchó atentamente a los estudiantes de universidades como la Nacional, la Distrital, la Pedagógica, la UIS —Universidad Industrial de Santander— en Bucaramanga, la Javeriana y tantas otras universidades, donde jóvenes, hombres y mujeres, escuchaban con atención sus análisis y la presentación de una Colombia que no aparecía ni en las noticias ni en las redes sociales? Sus reflexiones llegaron a inspirar trabajos de investigación, tesis de maestría y tesis doctorales.

¿Cómo dejar morir en silencio a quien durante más de cuatro décadas formó y acompañó a campesinos, indígenas, afrodescendientes y pobladores urbanos que, como consecuencia de la violencia, se convirtieron en defensores y defensoras de los derechos humanos?

Javier hizo de la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz una verdadera escuela de formación de hombres y mujeres que encontraron en la defensa de los derechos humanos su principal herramienta para defender la vida y sus territorios.

Y quizá aquí encontramos la respuesta.

Javier fue un hombre del silencio porque el silencio le permitió escuchar las voces de las víctimas, las voces de los desaparecidos y las desaparecidas. En el silencio pudo percibir los gritos silenciados de quienes fueron despojados de sus tierras. Desde el silencio pudo descubrir las artimañas del poder que, entre tramoyas, componendas y poderes institucionales, transgredían el Estado social de derecho y lo convertían en un Estado criminal.

Solo una persona que vivió en el Silencio, la humildad y la sencillez, pide morir en silencio — porque el silencio le permitió escuchar, consolar, comprender e intuir las estrategias sociales, comunitarias, políticas y jurídicas que se podían establecer para defender la vida y los territorios, y desde el silencio contribuir a la construcción de planes de vida y proyectos comunitarios que permitieran a las comunidades permanecer en sus territorios defendiendo el derecho al agua, a la soberanía alimentaria, el derecho al trabajo y la vivienda digna, el derecho a la protesta social.

Javier silenció el ruido de sus títulos universitarios en filosofía, en teología y sociología, obtenidos en Colombia y en el exterior, para dar paso a esa sabiduría que se encarna en las voces de la mujer indígena, de la madre buscadora, de la animadora comunitaria, de la matriarca y de tantas mujeres que mantienen viva la esperanza para que sus comunidades puedan resistir.

Solo un hombre que supo apreciar el silencio podía pedirnos morir en silencio, sin homenajes, sin reconocimientos y sin que lo enaltecieramos.

Quizá la mejor manera de honrarlo sea continuar su labor: defender los derechos humanos, defender a los pueblos, escuchar a las víctimas y acompañar a quienes siguen luchando por permanecer dignamente en sus territorios.

Se fue el caminante de los mil caminos, a seguir caminando para encontrarse con Camilo Torres, Fabiola Lalinde, con Héctor Guzmán con Gilma Benítez, con Álvaro Ulcué Chocué, se fue con Teresita Ramírez, se fue a encontrarse con Gerardo Valencia Cano, con Lucero y Daniel Yamid Henao, con Nidia Erika Bautista y con miles y miles de los que él acompañó sus búsquedas, a quienes exhumó en búsqueda de los y las desaparecidas, a quienes acompañó a sus familiares en las entregas dignas, o en las conmemoraciones del Palacio de Justicia, siguió su camino el caminante que nos enseñó a caminar en la defensa de los derechos humanos, siguió su camino el caminante que nos enseñó a analizar, a ver, a sentir el dolor de las comunidades, con ojos de fe y esperanza en medio de la violencia, siguió su camino, el caminante que ahora se reúne con otros y otras que han sido caminantes.

Siguió su camino el caminante que impuso y fue la inspiración del Movimiento de Sacerdotes de la Iglesia de los Pobres que hoy sigue sus pasos, con la esperanza de hacer lecturas de fe de la situación política de Colombia.

Javier no necesitaba homenajes. Por eso, quizá, su última voluntad no sea una contradicción.

Javier pidió silencio porque conocía el valor del silencio. Porque en el silencio aprendió a escuchar. Y hoy nos pide escuchar el momento que sufre Colombia.

Escuchó a quienes les querían silenciar su voz. Escuchó a quienes habían sido silenciados. Escuchó a las comunidades. Escuchó a las víctimas. Escuchó la tierra.

Y desde esa escucha convirtió la palabra en herramienta de resistencia, de memoria y de defensa de la vida.

Por eso hoy podemos respetar su voluntad y, al mismo tiempo, hablar de él. No para hacerle un homenaje que no pidió. No para construir una biografía que quiso evitar. Sino para recordar que su silencio nunca fue ausencia.

Su silencio fue escucha.

Y su escucha se convirtió en compromiso. Su compromiso se convirtió en acompañamiento. Y su acompañamiento se convirtió en una escuela de defensa de la vida, de los pueblos y de los territorios. Quizá esa sea la mejor manera de cumplir su última voluntad:

Acatamos su voluntad de **dejarlo morir en silencio, pero no permitir que su legado sea silenciado.**

Henry Ramirez Soler cmf

Agosto 26, 2026